

CONCURSO NACIONAL ARTE Y DERECHOS HUMANOS

MIS IMÁGENES, MIS PALABRAS

2012



CONCURSO NACIONAL ARTE Y DERECHOS HUMANOS: MIS IMÁGENES, MIS PALABRAS

Organizado por:

Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH)
Museo de la Memoria y los Derechos Humanos

Patrocinado por:

Oficina del Alto Comisionado de Naciones Unidas
para los Derechos Humanos de América del Sur (ACNUDH)

Media partner:

Radio Uno

Textos y edición:

Miguel Ángel González
Catalina Navarro

Fotografías:

Catalina Navarro
Miguel Ángel González

Diseño y diagramación:

Nicolás Galdames

Impresión:

Alvimpress

ISBN: N° 978-956-9025-27-3

Registro de Propiedad Intelectual: N°224622

Primera Edición

2.000 ejemplares

Santiago de Chile

Diciembre de 2012

Lorena Fries Monleón, Directora Instituto Nacional de Derechos Humanos	9
Ricardo Brodsky, Director Museo de la Memoria y los Derechos Humanos	11
Convocatoria	15
Evaluación	17
Premiación	19
Obras Ganadoras	23
Cuento	24
Afiche	39
Fotografía	49
Videoclip	59

**“EL ARTE ES EXPRESIÓN,
Y LA EXPRESIÓN UN DERECHO”**

A través de la convocatoria al primer “Concurso Nacional Arte y Derechos Humanos: mis imágenes, mis palabras”, el Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH) con el apoyo del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, invitó a la comunidad a hacerse parte en la tarea de avanzar en el necesario conocimiento y respeto que debemos lograr en torno a las garantías fundamentales que, universalmente, cada persona tiene por el sólo hecho de serlo.

Lo anterior, bajo la premisa que el arte es una herramienta valiosa para manifestar ideas y reflexionar; permite transmitir y significar la realidad, y con esa mirada, la primera versión del “Concurso Nacional Arte y Derechos Humanos” se hizo posible.

La convocatoria al certamen recibió numerosas obras en las cuatro categorías contempladas -Cuento, Afiche, Fotografía y Videoclip-, las que constituyeron visiones y convicciones sobre los derechos humanos, así como sobre la necesidad de garantizarlos y respetarlos desde el Estado y la sociedad toda. Detrás de cada obra, las y los participantes demostraron la voluntad de ser parte de una comunidad en que convivamos sin discriminación y basados en el respeto.

A más de seis décadas de proclamada la Declaración Universal de Derechos Humanos, estos siguen siendo un desafío individual a la vez que colectivo, y el concurso así lo ha refrendado, a través de obras que si bien representaron sensibilidades particulares, fueron realizadas con miras a un bienestar conjunto.

Las garantías fundamentales surgen de la búsqueda que por décadas, hombres y mujeres han llevado a cabo por una vida mejor. Su defensa y promoción están en cada uno de nuestros actos.

A nombre del INDH agradezco al jurado compuesto por notables personalidades ligadas a la cultura, el arte y los derechos humanos, quienes de forma independiente y desinteresada, colaboraron en la evaluación de las obras recibidas, para llegar a los resultados que conocemos. A los equipos de ambas instituciones por su compromiso y dedicación para que el concurso llegara a buen puerto.

Pero sobre todo, hago un especial reconocimiento a las y los participantes, por aceptar el desafío, atreverse y ser protagonistas de este certamen con su talento y compromiso. Gracias por haber hecho del primer “Concurso Nacional Arte y Derechos Humanos” una realidad, a través de sus imágenes y sus palabras.

Lorena Fries Monleón

Directora

Instituto Nacional de Derechos Humanos

Como espacio de memoria y de cultura que somos, nos ha parecido muy importante que el INDH invite a los jóvenes artistas a desplegar su creatividad para expresar su visión sobre los derechos humanos.

En este sentido, el museo tuvo el año pasado la experiencia del proyecto “Arte + Memoria”, financiado en parte por el Fondart Bicentenario. En él invitamos a trece grupos musicales a componer y presentar temas relacionados con los derechos humanos, fruto de lo cual salió el disco “Música X Memoria”, y presentamos la exposición “Racconto”, en donde cinco artistas visuales emergentes pudieron crear obras a partir de la temática de los derechos humanos.

Hemos acogido también a jóvenes artistas que han trabajado con las colecciones y archivos del museo para desarrollar obras a partir de estas. Esperamos realizar en 2014 una gran exposición de jóvenes artistas visuales y conceptuales, presentando estos trabajos que, estoy cierto, van a tener una muy positiva recepción del público.

Realizamos también durante el año 2012 el Primer Festival Audiovisual de Derechos Humanos, en que invitamos a jóvenes creadores, los que participaron en número superior a 50, a entregar sus trabajos en el género documental y en ficción. Un festival que esperamos prolongar en el tiempo dado el éxito de esa primera versión.

En definitiva, quiero expresar la estrecha relación entre la temática de los derechos humanos y la memoria, ya que ambos constituyen un enorme campo de creación artística en que éste museo ha puesto especial atención.

Nos importa no sólo porque nos permite recoger y dar espacio a visiones diversas y contemporáneas sobre lo ocurrido en nuestro país y en el mundo en materia de derechos humanos, sino también porque nos permite cuestionar y enriquecer nuestra propia visión del pasado. El lenguaje artístico tiene licencias poéticas que el discurso político o institucional no se puede permitir. Pero su voz es mucho más potente, especialmente si se quiere hablar con las nuevas generaciones.

Felicito a todos quienes se animaron a concursar en este certamen. Nunca es fácil elegir ganadores, y en este caso fue particularmente difícil. Por eso quiero agradecer a todos y todas su participación. Estamos muy contentos con haber sido parte de este proyecto, que ojalá persista en el tiempo.

Ricardo Brodsky

Director

Museo de la Memoria y los Derechos Humanos

**“NO EXISTE UN SÓLO MODELO DE DEMOCRACIA, O DE LOS
DERECHOS HUMANOS, O DE LA EXPRESIÓN CULTURAL PARA TODO EL
MUNDO. PERO PARA TODO EL MUNDO, TIENE QUE HABER DEMOCRACIA,
DERECHOS HUMANOS Y UNA LIBRE EXPRESIÓN CULTURAL”.**

Kofi Annan

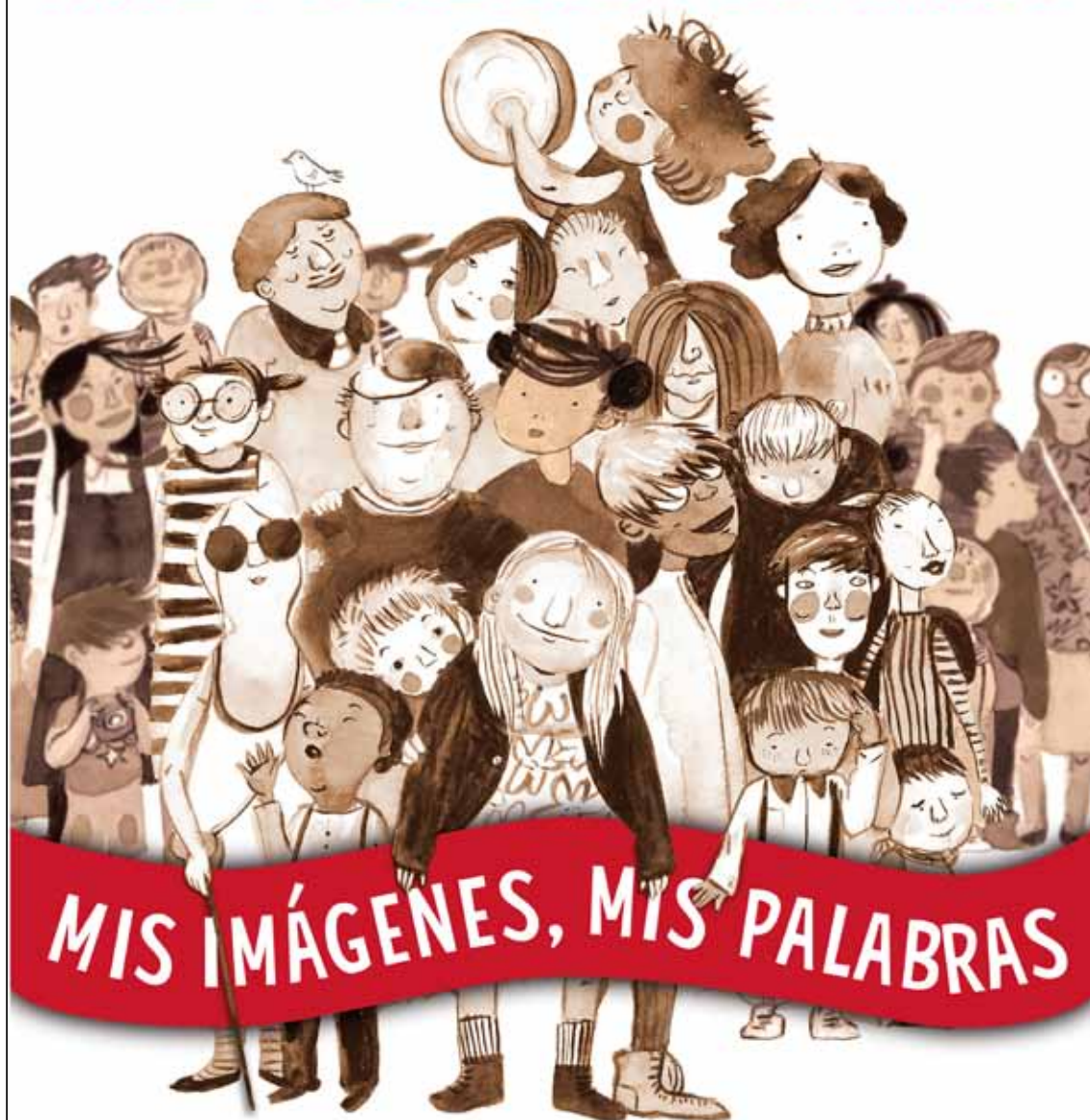
Premio Nobel de la Paz 2001
Ex Secretario General de Naciones Unidas

organiza:



2 de julio al 20 de septiembre

PRIMER CONCURSO NACIONAL ARTE Y DERECHOS HUMANOS



Categorías:

Afiche - Cuento - Videoclip - Fotografía

Bases en: www.indh.cl
www.museodelamemoria.cl



media partner:



CONVOCATORIA

El primer "Concurso Nacional Arte y Derechos Humanos: mis imágenes, mis palabras" se desarrolló en todo el país, convocando voluntad, talento y compromiso con los derechos humanos en hombres y mujeres que hicieron suyo este llamado, a través de la creación en las categorías Cuento, Afiche, Fotografía y Videoclip.

La convocatoria se desarrolló entre el 2 de julio y el 26 de septiembre de 2012.

Esta primera versión contó con el apoyo del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos como institución coorganizadora; el patrocinio de la Oficina del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ACNUDH) y el apoyo de Radio Uno, como medio asociado.

◀ Afiche del primer "Concurso Nacional Arte y Derechos Humanos: mis imágenes, mis palabras".

EVALUACIÓN

El proceso de evaluación y selección de las obras ganadoras y reconocidas, estuvo a cargo de un jurado convocado por las instituciones organizadoras, en virtud de su reconocida experiencia técnica en las categorías contempladas por el concurso y/o por su trayectoria ligada a la promoción y defensa de los derechos humanos.

▼ Sesión del jurado convocado para la categoría Fotografía, compuesto por Luis Navarro, Viviana Díaz y Paz Errázuriz.



El jurado cumplió con su labor de forma independiente, autónoma y desinteresada, y las obras fueron evaluadas bajo estricto anonimato de sus autores/as. Lo compusieron la Premio Nacional de Derechos Humanos 2011, Viviana Díaz, en calidad de Presidenta; Luis Navarro y Paz Errázuriz en Fotografía; María José Bunster y Ángel Carcavilla en Afiche; Verónica Qüense y David Ponce en Videoclip, y María Teresa Johansson e Ignacio Álvarez en Cuento.

PREMIACIÓN

Tras largas semanas de espera para las y los concursantes, el jurado dio a conocer los resultados del concurso -mantenidos en reserva hasta la premiación- en una ceremonia realizada el miércoles 21 de noviembre en el Museo de la Memoria.

El acto contó con la participación de las y los participantes, sus familias, amigos/as y cercanos/as, y fue encabezado por la Directora del INDH, Lorena Fries; el Director del Museo de la Memoria, Ricardo Brodsky; el Representante del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Amerigo Incalcaterra y el jurado del certamen.



▼ Evaluación de las obras presentadas en la categoría Afiche, a cargo de María José Bunster (izq.), Ángel Carcavilla y Viviana Díaz.



El actor Francisco Melo fue el presentador en la ceremonia de premiación. ►



OBRAS GANADORAS

GANADORES/ASY MENCIONES HONROSAS:

Cuento:

Primer lugar: “Paso al frente”, de Jorge Pujado.

Primera mención honrosa: “Judith y el sueño de los caballos”, de Felipe Sanhueza.

Segunda mención honrosa: “Más allá de cien”, de Antonia Roselló.

Afiche:

Primer lugar: “Compromiso nativo”, de Karin Escudero.

Primera mención honrosa: “No más violencia contra la mujer”, de Sofía Moreno.

Segunda mención honrosa: “Interdependientes, universales e indivisibles”, de Federico Lira.

Tercera mención honrosa: “Mala señal”, de Domingo Baño.

Fotografía:

Primer lugar: “Dignidad”, de Rodrigo Garrido.

Primera mención honrosa: “Titulación póstuma”, de Leslie Beach.

Segunda mención honrosa: “Gabriela libre”, de Héctor Mérida.

Tercera mención honrosa: “Sala de espera”, de Gabriela Herrera.

Videoclip:

Primer lugar: “Analogía”, de Cristián Wood.

Primera mención honrosa: “Los estudiantes”, de Victoria Giacoman.

Segunda mención honrosa: “Ser lo que somos”, de Jimmhy Araya.

CUENTO

“El relato lo había escrito en un taller literario que realicé hace algunos años. Surgió espontáneamente, como ejercicio de memoria de historias que conocía por terceros. Me pareció que actualizaba de alguna manera la vulneración que viven aún otros grupos de personas. No lo escribí como un plan trazado de antemano, fue armándose instintivamente (en general, no tengo método para escribir; funciono por pulsiones). Supongo, con la distancia, que necesitaba verbalizarlo y darle un cauce a este recuerdo tangencial”.

Jorge Pujado, Primer Lugar Categoría Cuento
“Paso al frente”

PASO AL FRENTE

- No sé si estamos haciendo lo correcto- titubea Angélica.
- ¿Y que podría considerarse correcto a estas alturas, después de todo lo que ha pasado?

Loreto le responde con una calma inédita. Parece como si hubiera logrado borrar con un disciplinado gesto de su voluntad la incertidumbre y la desazón de las últimas semanas, las furtivas llamadas telefónicas entre ambas, las noches en que Angélica armó sus maletas, dobló cuidadosamente la ropa de sus dos hijos, para luego deshacerlas, las incontables ocasiones en que la venció el sueño después de llorar con rabia por el destino que a ella, a Angélica, le había tocado, y del que ya no podía hacerse la desentendida.

Loreto la abraza en el umbral de la cocina, recibe su maleta y la deja en el suelo. Se aferra a su mano nuevamente y la conduce hasta la mesa que sirve de comedor de diario. Le indica una silla. Sirve dos tazas de té. Se sienta frente a Angélica y, con suavidad, seca las lágrimas negras que corren por sus mejillas, intentando restablecer la armonía de su maquillaje. Como si eliminar los surcos oscuros le entregara un barniz adicional de entereza, de la entereza que la situación requiere.

- Lo que definitivamente no es correcto es ese corte de pelo, huevona. Es horrible- declara tajante Loreto.
- Nadie, especialmente tú, huevona, me va a decir cómo tengo que arreglarme- responde Angélica.

Las dos mujeres se miran fijamente, en actitud amenazante. Han pasado con una facilidad inaudita desde el registro más dulce a la ira, como si cargaran sobre sí mismas años de frustración y de rabia. Sostienen con firmeza las miradas menos de un minuto. El desafío no prospera. De inmediato irrumpen las risas destempladas de ambas.

- Es que soy una nueva mujer- declara Angélica.
- Claro, una alta ejecutiva de... ¿cómo se llaman esas idioteces que inventaron ahora para esquilarnos?

- AFP. Soy una ejecutiva de Administradora de Fondos de Pensiones.
- Hasta con trajecito dos piezas y aritos de señora bien.
- ¿Acaso no te gusto así?
- Igual estás rica- declara Loreto, entre risas. Pero desde que entró en la casa, había notado que aquélla no era la Angélica que conocía desde el colegio. ¿Acaso ella no era también otra Loreto? Mejor que en cualquier teleserie, la vida las había revolcado, centrifugado, moldeándolas de nuevo a golpes certeros, trastocándoles los miedos, los deseos, las urgencias.

¿Era necesario todo esto?, se preguntaba una y otra vez la Loreto primigenia. El traje, el pelo corto y con terminaciones imperfectas, la dureza de su rostro, todo en la nueva Angélica aparecía disonante ahora en esa vieja cocina de baldosas color terracota y repisas de madera sin pintar, repletas de maceteros y fotos nostálgicas adheridas a la puerta del refrigerador; la vieja cocina que fue primero de sus padres, ahora ausentes, de paredes atestadas de aguafuertes y acuarelas que no conocieron público, porque su autora decidió recluirse, en un punto exacto de su biografía.

-De verdad, eres una mujer hermosa-, Loreto acaricia el dorso de la mano inerte de Angélica, sobre un mantel caleidoscópico de flores. El tono de su voz se ha dulcificado nuevamente. - Incluso el miedo te hace más bella.

Angélica desvía la vista hacia el refrigerador. En el lugar más destacado de la puerta del tosco aparato hay ahora una foto de ambas, jóvenes y sonrientes.

- Vas a tener que sacarla- le indica Angélica.
- Esa foto no la saco de ahí ni aunque me...-. Loreto se contiene para no concluir la frase. - ¿Vamos mejor al dormitorio?- le sonríe, y logra arrastrarla con un guiño. Fernando es testigo de esta escena desde el pasillo que sirve de columna vertebral a la casa. Prefiere permanecer oculto aún algunos minutos, para darle tiempo a ambas mujeres a que suban la escalera por completo. Detiene la vista en la maleta. Se quita el abrigo y lo pone junto a su maletín, en una silla del corredor, al lado del teléfono. Aún de pie, registra las marcas que dan cuenta de las fotografías que Loreto, su mujer, retiró de la pared, las instantáneas de las historias que ya no merecen o no deben ser narradas. ¿ Cuánto demorará en llenar esos huecos?, piensa Fernando. Una llamada telefónica interrumpe su reflexión. Él insiste a su interlocutor que se equivocó de número. Cuelga con brusquedad.
- ¡Pa-pa-pa-pa-pa!- balbucea desde el descanso de la escalera la pequeña Daniela. Fernando corre a abrazarla, sorprendido de que haya llegado hasta ahí. Detrás de Daniela está de pie Simón, el hijo mayor de Angélica. Él ha supervisado su gaseo hasta este punto.
- Hola, campeón- saluda Fernando. El niño ríe, se dan la mano. Fernando toma en brazos a su hija, y los tres suben la escalera hasta el dormitorio de las niñas. Al pasar por la puerta cerrada de la habitación principal se imagina a Loreto y Angélica abrazadas. Lo invade la tristeza. No hay rabia ni resentimiento en su acopio personal de emociones desde que se desencadenó esta situación. Sólo

- una profunda tristeza.
- ¡Papá, dame un beso!

Quien lo interpela ahora es Javiera, su hija mayor. Fernando cede a los arrumacos y luego se dirige a la otra niña en la habitación.

- ¿Usted no va a saludar al tío, Victoria?

Victoria permanece absorta en los dibujos animados.

- Papá, la Victoria no creía que los monos se ven en colores en nuestro televisor. -En unos años más, los japoneses van a inventar un televisor con olores-. Las niñas abren los ojos sorprendidas, gritan y aplauden. Fernando pasa revista al desorden, inevitable ahora que serán cuatro niños, y se detiene en una maleta de igual diseño que la de la cocina, pero más grande.
- ¿Yo voy a dormir aquí?- pregunta Simón.
- No, campeón. Sígueme.

Fernando sube a la mansarda, seguido de Simón. Ante sus ojos aparece una habitación pequeña y con el techo oblicuo, atravesada en sus cuatro paredes por una repisa de proporciones con cientos de pequeños automóviles de colección.

- ¿Te gusta? Ahora todo lo que hay aquí es tuyo.

Simón, de siete años, no sale de su asombro. Observa detenidamente cada detalle de la habitación.

-¿Y esa maleta, tío?

- Son mis últimos cachureos. Ven campeón, tengo que decirte algo importante: Ahora tú vas a hacer el hermano mayor, el hombrecito de la casa, porque desde hoy, los cuatro van a ser hermanitos. Pero si alguna vez tienes susto, puedes bajar y dormir apatotado.
- Yo no soy miedoso.

El niño se cruza de brazos, molesto.

- ¿Quieres que te cuente un secreto? A veces, a mí, que soy grande, el miedo me paraliza.

El teléfono suena nuevamente. Fernando se apura en bajar ambas escaleras. Solamente los grandes contestan el teléfono, les recuerda a las niñas al pasar. Al otro lado de la línea se escucha una fuerte respiración. Fernando mantiene la calma. El jadeo da paso a las risas. Antes de que comiencen los insultos, cuelga y sube al segundo piso.

En el dormitorio de las niñas también hay risas. ¡Fue un accidente!, explican Javiera y

Victoria al unísono. Daniela tiene un chicle enredado en el cabello. Fernando recuerda que las tijeras se guardan en el velador de Loreto. Daniela intenta quitarse el chicle y lo esparce aún más. No tiene salida.

Fernando golpea suavemente la puerta y espera una señal que lo autorice a invadir esa intimidad, en la que no tiene ni tendrá cabida. Loreto le indica con un dedo sobre la boca que evite hacer ruido. Entra, toma las tijeras que están sobre el velador, junto a algunos mechones que, en ausencia, han mejorado el corte de Angélica. Antes de retirarse, observa cómo Loreto le brinda un masaje en el cráneo. Está sentada en la cabecera contraria de la cama, con la cabeza de Angélica sobre sus muslos. (El aire tibio de la habitación rezuma secretes, frases susurradas alternadamente en los lóbulos de una y de otra, tal vez alguna sonrisa. Más de una caricia. Como siempre, Fernando permanecerá ajeno a lo acontecido. Sólo estas paredes no tienen oídos). Angélica se deja envolver por el movimiento y la presión de los dedos. La vence el sueño. Antes de rendirse, se incorpora y confidencia al oído a Loreto: Angélica es historia. Ahora seré Martina.

Cuando Loreto cruza el dormitorio de las niñas hacia el balcón donde Fernando fuma, Simón duerme junto a su hermana en la cama dispuesta para recibirla, entre la de Javiera y la cuna de Daniela. Fernando y Simón han esperado

pacientemente en el pasillo para que se cambien las pequeñas. Luego, Fernando ha ayudado a Simón a encontrar su pijama en la maleta.

La mujer se ubica a un costado de él. Lo mira de reojo. Enciende un cigarrillo. Ambos se sienten invisibles, amparados en la sombra del frondoso árbol del antejardín.

- No voy a ser capaz de despedirme.
- Todo va a estar bien- responde Fernando. Y le toma suavemente la mano durante algunos segundos.

Angélica ya es historia, se repite dormida Angélica. En sueños, ya es Martina, y se esconde en un entretecho. Reconoce el lugar: Angélica está en una camilla. No está sola. Martina desvía la mirada. No desea ver lo que ocurre. ¿Y si rezo? No, creo que Martina no reza. Martina sólo cree en sí misma. Martina, o sea, yo, Martina, no tengo ese tipo de fe. Mi fe se deposita en el futuro. Sólo en el futuro. Martina recuerda que necesita definirse, construirse, más allá de la información obligatoria que deberá incorporar en su cabeza. Hasta en su médula ósea. Por eso saca una libreta del bolsillo de su abrigo. Me llamo Martina, soy experta en el nuevo sistema previsional, soy soltera, no, no tengo hijos, me destaco por mi capacidad de observación. Para comprender el nuevo sistema es una cualidad fundamental, al igual que la imparcialidad en los juicios. Describo con propiedad. Por ejemplo, me encuentro en el interior de un galpón, en su parte superior; hay una mujer vendada y atada en una camilla, la mujer se retuerce al sufrir las sucesivas descargas eléctricas que le propinan varios hombres. Se llama Angélica, según indican algunos de ellos. Al margen de sus gritos destemplados, en ocasiones desgarradores, ella no habla, se niega a hacerlo aunque le son proferidas fuertes amenazas. Uno de los hombres deja

entrever que son viejos conocidos, que este rito ha tenido lugar meses o años antes. El más viejo de ellos menciona ratas, perros en celo, vidrios molidos y fierros revientaconchas, lo transcribo textual. Igual estás rica, le dice otro de los hombres, aunque detiene el impulso de amasar sus genitales, que sangran profusamente. Si hago un zoom sobre su rostro, observo que, entre los espasmos, Angélica hace gestos cariñosos, lanza besos inocentes. Ya en el terreno de la especulación -la especulación moderada puede ser un must en el nuevo sistema-, sostengo que, mediante esos gestos, la mujer invoca a sus hijos, el recuerdo de sus hijos, y que esa imagen neutraliza parcialmente el efecto de las descargas. ¿Y yo? ¿Tendré hijos? Uno, al menos, un hombrecito. Es más sencillo cuidarlos. En el sur es más sencillo vivir. Aunque nunca se sabe. Tal vez reciba una beca para perfeccionarme en el extranjero, el sistema previsional viene para quedarse. Angélica hiede a sangre, a vómitos, a carne chamuscada, y, ¿debo decirlo?, a mierda. Especulo que ella concentra su imaginación en otro espacio, por ejemplo, un campo de flores en primavera, en el que camina descalza con una parejita de niños. ¿Y si tuviera un hijo? Simón, sí, Simón es un bonito nombre. ¿O tal vez Daniel, como Daniel el travieso? Los colores son intensos. En un esfuerzo de concentración, ella logra aprehender la tridimensionalidad. En su imaginación, Angélica continúa caminando, acariciada por los rayos solares matutinos, sin rumbo definido, sólo hacia adelante, sin rumbo definido, sólo hacia adelante...

Un furgón, de esos que proliferaron con el dólar a treinta y nueve pesos, se estaciona en la cuadra contraria.

- Ya, despiértala. No podemos perder tiempo.

Loreto se dirige al interior de la casa. Algunos minutos más tarde, se escucha el ruido de la reja. Desde el balcón, Fernando presiente que su mujer golpea las paredes de la sala con los puños, intentando mitigar un dolor intenso con uno aún más fuerte. Su hermana Martina cruza, sin equipaje, a la vereda del frente.

“La libertad es el primer derecho, puesto que nos permite ejercer todos los restantes. Es en la adolescencia cuando empezamos a repensarlo y a lidiar con las consecuencias sociales y familiares de nuestra búsqueda. Simplemente quise enviar un abrazo a todas/todos las/llos Judith del mundo”.

Felipe Sanhueza, Primera Mención Honrosa Categoría Cuento
“Judith y el sueño de los caballos”

JUDITH Y EL SUEÑO DE LOS CABALLOS

“No seáis como el caballo, o como el mulo, sin entendimiento”

Salmo 32:9

Judith dobló el pasillo y caminó hacia el patio trasero del colegio, como siempre hacía cuando quería estar sola, lo que últimamente y desde que cumplió los 16 años era la mayor parte del tiempo.

Un mural con escenas de la Biblia y la pintura descascarada, pupitres en mal estado y montones de cajas de cartón. No era un parque de ensueño, pero al menos nadie la seguiría hasta allí para hablarle de Job. Al llegar vio un grupo de niños menores que ella, amontonados, formando una cúpula impenetrable de brazos y piernas por la que se entreveía a dos de ellos sentados en cuclillas en el suelo. Se acercó pensando que el grupo se desbandaría, sin embargo le hicieron lugar para que pudiese ver, lo que disipó sus sospechas que estaban haciendo algo indebido. Al menos según el reglamento de esta escuela en particular, seguían haciendo algo malo jugando a las cartas en el recreo, pensó Judith, mientras presenciaba su primera partida de Mathemagiek, juego inventado por un físico alemán, que simulaba un duelo de hechiceros, usando conjuros y monstruos, pero que en el fondo trataba de minimizar el azar mediante patrones matemáticos, de tal manera que

la habilidad de pensamiento abstracto importaba más que la baraja del jugador. Siendo la mejor de su curso en matemáticas, se dio cuenta de aquello inmediatamente, y lo reafirmó al ganar su primera partida en cinco minutos al dueño del juego. El niño contuvo su humillación, cuando vio por sobre el hombro de Judith acercarse al inspector y a sus compañeros salir huyendo. Te lo regalo, juegas mejor que yo le dijo mientras se incorporaba a la carrera y los gritos. Judith no se movió y con un rápido movimiento guardó las cartas en la manga del chaleco, justo cuando el hombre le puso la mano en el hombro.

- ¿Te estaban molestando?
- No, no, para nada - contestó Judith.
- Bueno, acuérdate que tenemos ensayo del coro el sábado.
- Sí, allí estaré.

Al volver a su casa, y aprovechando que su madre no había llegado, buscó en internet más información sobre Mathemagiek y aprendió que era muy conocido en todo el mundo, y

que acá, en su propia ciudad había personas que se reunían a jugarlo. Redactó un correo para ellos. Pensó unos minutos si enviarlo o no. En eso sintió las llaves de la reja y como sus padres le prohibían usar el único computador de la casa cuando no estaban, se decidió y presionó enviar.

Así llegó el sábado y el ensayo del coro. Judith desafinó las primeras notas y se excusó diciendo que estaba un poco disfónica. Y caminando decididamente, salió de la iglesia rumbo a una estación de metro que no conocía a juntarse con un grupo de también desconocidos. Le parecieron un poco raros, pero pensó que era mejor dejar de lado sus prejuicios. El entusiasmo con que jugaban le hizo ver que estaba en lo correcto.

Al otro día en el culto, decidió cantar y como siempre, lo hizo bien. Así no levantaría sospechas.

Pasaron varios meses y mientras mejoraba sus habilidades y aprendía estrategias, se dio cuenta de que había llegado a entablar una amistad verdadera con varios del grupo de juego. Le habían enseñado sobre pop coreano y prestado novelas de capa y espada, que leía a escondidas guardándola en el forro de su Reina Valera. Eran sus primeros amigos autónomos, fuera del cerrado grupo colegio-coro-iglesia, pero al mismo tiempo eran amigos que no podría invitar nunca a su casa, con sus pelos mal cortados, polainas y piercings. También comprendió que se le estaban acabando las excusas para salir antes o llegar tarde a los ensayos del coro, situación que el pastor ya había evidenciado a su madre, acordando que llevaría a su marido la próxima semana para conversar con Judith al terminar el ensayo. Otro hecho ignorado por la niña era que unos días atrás su madre ya había encontrado, visto y revisado el mazo que guardaba en el cajón de los calcetines. Le parecieron un poco satánicas las ilustraciones, pero como no entendió bien de que se trataban, las dejó en su lugar y no dijo nada al respecto.

Justo el sábado siguiente era el campeonato nacional de Mathemagiek. Judith no sólo no tenía el dinero para la inscripción, sino que además ir le significaba no presentarse a cantar, lo que la dejaría completamente en evidencia. Luego de despedirse, un poco cabizbaja, abrió su mochila al entrar al metro y se encontró con un improvisado empaque de regalo, con una nota de sus amigos Para Judith, la mejor Tormenta Blanca y un correo electrónico confirmando su incorporación al torneo y el pago de la cuota.

Esa semana se le hizo eterna. Estaba nerviosa y más contenta que de costumbre. Su madre lo notaba, aunque prefería guardar silencio. En espera de la conversación que tendrían, se encomendó al Señor para que liberara a su hija del pecado.

La noche anterior al evento, soñó con una manada de caballos. Corrían por una planicie verde de lo que parecía una isla, porque se notaba el mar a lo lejos y la escena subía y bajaba, como si la hubiesen filmado desde un helicóptero. Se despertó con el sonido de la espuma del océano en la rompiente.

Unas horas más tarde, Judith pasaba a la final del campeonato, ganándole a un consternado sujeto que tenía media docena de archivadores con cartas carísimas, que de nada le sirvieron.

A esa misma hora, llegan sus padres a la iglesia, comprobando que, por primera vez, su hija no acude. Pidiéndole disculpas al pastor, vuelven a su casa.

Judith, en el baño del hotel en que se juega, se mira al espejo y trata de mantener la calma antes de la última partida. Su mirada se pierde en los ornamentos del cuarto y para distraerse piensa que nunca había estado a un lugar así. Entran dos chicas vestidas de negro que la felicitan, mientras se maquillan a su lado. La que tiene el delineador le dice Estás muy blanca... ya sé... te vamos a pintar el ojo de Horus para que te de suerte en la final. Antes de que pudiera protestar, Judith luce una curva negra bajo su ojo izquierdo y la segunda niña la remata con labial negro. Levanta la vista y asiente cuando le dicen que le queda bien con su piel blanca y su larguísimo cabello negro.

En casa de Judith, para matar el tiempo sus padres prenden la televisión. Es hora del programa de reportajes denuncia Escandalinoticias. ¿El reportaje de hoy?: Diabólico juego de cartas amenaza a nuestra juventud. Comienza tildando de oculista al creador del Mathemagiek (no mencionan que es un respetado profesor de la Universidad de Tecnología de Múnich), luego se centran en el diseño monstruoso de las cartas (omitiendo indicar que están dibujadas por los mejores ilustradores del mundo y sin mostrar otras que

verdaderamente irradian belleza). Más tarde informan que un adolescente en Tailandia trató de suicidarse imitando a la carta del juego llamada Kamikaze (sin decir que se trata de un caso aislado y que el joven tenía depresión diagnosticada). Finalmente cierran con imágenes del torneo de hoy, remarcando a los espectadores que este flagelo está llegando hasta nuestras propias casas. La cámara se centra en los que el editor consideró como más peligrosos, es decir, los de aspecto extravagante, y se los entrevista, sacando sus frases de contexto. La madre de Judith rompe el vaso que tenía en la mano, al ver que en un rincón de la toma, pasa su hija, caminando y riendo junto a unas niñas de aspecto siniestro y simplemente no oye la explicación del sociólogo que señala como este tipo de conductas atentan y socavan la moral de nuestra sociedad.

Judith gana la final usando la carta estampida en su última jugada. Ésta representa un caballo blanco en primer plano y otros más indefinidos a la saga. En el momento en que la suelta de sus dedos se da cuenta de que la ilustración es exactamente igual a su sueño de los caballos.

Sin tiempo para celebrar, toma sus cosas apuradamente para volver a su casa, se despide con la mano de sus amigos y les da las gracias. Olvida que lleva la cara pintada.

Al abrir la puerta y nada más poner el pie en el umbral su madre, que lleva puesto su grueso anillo de matrimonio, la abofetea, y comienza a gritarle un largo sermón. Con la conmoción del golpe y el zumbido que comienza en sus oídos, sólo recordaría la frase esas cartas del diablo te alejan del Señor.

Mientras todos dormían, se sentó en la cama preguntándose si todavía creía en Dios. De lo que sí estaba segura era de que tenía el derecho a averiguarlo por sí misma. Y que

haberse asomado un poco afuera y jugado con barajas, no había cambiado lo que ella era en esencia. Mientras iba quemando las cartas de una en una en un basurero de la cocina, sus lentas lágrimas le quitaron el delineador.

Esa noche, los caballos volvieron a visitarla en sueños.

Mi obra se titula “Más allá de cien”, y trata las vicisitudes que vive un niño inmigrante en Santiago de Chile, como muchos otros niños inmigrantes. Esta historia se me ocurrió cuando viajé a Perú, y al ver a madres con sus hijos, me imaginé lo chocante que debe ser el cambio entre los paisajes y las ciudades peruanas, en contraste con las ciudades de Chile, en especial Santiago. Quise presentar estos cambios, pero desde la perspectiva de un niño, que mira el mundo desde el desconcierto y la ingenuidad, y así transmitir otros temas sociales muy relevantes en lo que es la migración, como el desarraigo, el hacinamiento, la pobreza y la soledad”.

**Antonia Roselló, Segunda Mención Honrosa Categoría Cuento
“Más allá de cien”**

MÁS ALLÁ DE CIEN.

El sol pegaba fuerte en la ciudad. Los niños mayores corrían calle abajo luego de la escuela, y los más pequeños se juntaban en la plaza a escalar los grandes árboles. Juanito pertenecía a este grupo de los pequeños del barrio, tenía el pelo castaño y revuelto, cinco años de vida y ya sabía contar hasta diez.

-Es muy importante saber contar hasta más allá de diez, me lo ha dicho mi hermano, que ya va a la Universidad- les decía Juanito a sus amigos con orgullo. Les mostraba los diez deditos sudados por el calor; y juntos contaban hasta diez. Luego se agachaban y seguían contando con los dedos de los pies -once, doce, trece, catorce, quince, diciseis... -¡Diez y seis! corregía uno de los amigos muy serio. Esto de saber contar era fundamental para poder estar en el grupo de Juanito, Manuel, Jaison e Isaías. La meta para los pequeños era llegar a cien: entonces realmente podrían competir con el grupo de las niñas del barrio, que ya contaban y algunas incluso estaban aprendiendo a leer.

Al atardecer todos debían volver a sus casas. Juanito corrió por la calle con hambre, pues era la hora de la cena. Al sentarse en la mesa, su madre parecía un poco preocupada. Los hermanos mayores le ayudaron a servir la comida, tibiecita y humeante. Juanito comenzó a comer rápidamente sin esperar a los demás ¡El hambre venía desde la hora de almuerzo! De pronto se percató que solo él estaba engullendo la cena, los demás lo miraban con caras tristes. El hermano mayor comenzó a hablar: Juanito y su madre viajarían a otro país, para buscar trabajo, aquí no les alcanzaba el dinero, y ahora que su hermano mayor iba a la universidad debían pagar matrícula, materiales y transporte. En el otro país a donde irían podrían ahorrar y mandar

dinero por un buen tiempo, no sería toda la vida, solo algunos años. Juanito no entendía muy bien, ¿y sus amigos? ¿y sus hermanos? ¿y su cama? ¿y su canario Ramiro? ¿Cómo iba a aprender a contar hasta cien en otro país?

Las cosas son complicadas a los cinco años. Sobre todo por que es difícil que los mayores

comprendan tus inquietudes, quienes por lo general miraban a Juanito desde arriba y les murmuraban respuestas sin mucho sentido “cuando crezcas vas a entender” “esto es cosa de grandes” “simplemente porque sí”.

A pesar de las preocupaciones de Juanito, partieron de todas formas, dejando atrás los patacones, las iguanas de las plazas, el sol tibio de la tarde, sus hermanos y sus amigos. Ya en el avión viajando al nuevo país, se aferró fuertemente a la mano de su mamá. Se preguntó si Papá Noel veía así las montañas y las ciudades cuando entregaba los regalos, y con este pensamiento se quedó dormido.

Al llegar al país desconocido, Juanito se percató inmediatamente de algo distinto: el frío. El cielo estaba cubierto de nubes, como cuando se va a llover y luego sale el sol. Pero acá solo había nubes, y un viento helado que le hacía doler las mejillas y le ponía la nariz colorada. Se aferró aún más fuerte a la mano de su madre, quien parecía muy ocupada con papeles y hablando con unos señores muy altos y elegantes. Todos parecían elegantes, nadie usaba camisetas, la mayoría iba de chaqueta, corbata, zapatos, y abrigos. Un gran auto los llevó desde el aeropuerto hasta la gran ciudad. Ciudad ruidosa, y llena de palomas se percató Juanito. También repleta de perros, lo que le gustó porque los perros son buenos para correr y jugar, al menos con tantos perros solitarios en las calles, no se sentiría tan solo. Se le ocurrió hacerse amigo de todos los perros, y así además estarían resguardados por una gran manada de canes. Prontamente los deditos de los pies comenzaron a congelársele, y su madre sacó de su maleta ropa abrigada y se la puso bajo una gran estatua de un caballero de hierro también muy bien vestido que leía un trozo de pergamino. Ya vestido con ropa de frío, se sintió un poco más parte de todas esas personas que corrían y caminaban de un lado para otro en la gran ciudad. De desayuno comieron sopaipillas y un té que le dio un calorcito nuevo en el cuerpo, mientras observaban las palomas picotear ansiosas las migajas que una señora gorda les lanzaba desde un banco. -Bueno, ya estamos aquí hijo- le dijo su madre, y besó la cabecita chascona de Juanito. - ¿Y nuestra casa?-preguntó el niño, tenía que conocer su nueva casa para poder dejar sus juguetes y para ver si entrarían todos los nuevos perros amigos.

La verdad es que casa, casa, no pudieron encontrar. La amiga de la mamá de Juanito los llevó a un gran pasaje en donde lo que si pudieron hallar fue una cama para los dos. Juanito estaba frustrado y cansado. Extrañaba su cama para él solo, su madre había empacado una pequeña cantidad de sus juguetes, y no conocía a nadie de la pieza. Además todos en la ciudad hablaban raro y bajito, y no lograba entender todo lo que decían. Por las noches en la pieza dormían otras personas, un señor roncaba como un león africano, una señora se tiraba pedos toda la noche, y las colchas olían mal. Juanito se aferraba a la mano de su madre para dormir tranquilo.

Por la mañana, pudo ver un poco de sol, y las calles le parecieron más bonitas. La amiga de su madre los llevó a un gran autobús que los trasladó por diversas calles. Mientras miraba por la ventana del autobús Juanito pensó que la ciudad tenía tantos lugares diferentes. Primero todo era griterío, gente vendiendo cosas en las veredas, muchas palomas y perros, autos y buses. Pasado un tiempo, las calles se calmaron, desaparecieron los perros, y los

jardines de las casas se volvieron más verdes y amplios. -Aquí nos bajamos- dijo la amiga de su madre. Llegaron a una casa muy grande donde todo olía a limpio. Juanito miró por los grandes ventanales, y se percató de una gran piscina, pero estaba sin agua. Quizás con el frío no daba ganas de meterse al agua. Una mujer que tenía las uñas limpias pero sin pintar, se les acercó. Les enseñó las habitaciones, y le dijo a su madre que tenía que limpiar y ordenar "Para qué, si todo está limpio y ordenado", pensó Juanito. Pero prefirió no preguntar, porque siempre que hacía esas preguntas los adultos lo retaban.

Por unos días, Juanito acompañó a su madre a esta gran casa con piscina. El primer día descubrió que tenían un perro pastor alemán no muy cariñoso por lo que le dio susto aproximarse. El segundo día por la tarde llegaron unos niños, uno de ellos parecía de su edad y se le acercó. Se miraron por unos segundos, y luego Juanito le preguntó: -¿Sabes contar hasta veinte?- pensando que quizás en este país ya habrían superado el número diez. El niño movió la cabeza negativamente. Juanito contó hasta diez con los dedos, pero luego miró los zapatos del niño y los suyos, y recordó que en este nuevo país no usaban chancletas, y no se le veían los deditos de los pies. Juanito mostró cara de preocupación, pero entonces el niño lo invitó a su cuarto a jugar. Ahí el niño llamado Martín tenía muchos autitos, dinosaurios, robots, pelotas, libros, una televisión y algunos videojuegos. Juanito estaba impresionado. Se pusieron a inventar historia inmediatamente con unos grandes dinosaurios que había en una repisa. De pronto Juanito se dio cuenta que podía enseñarle a Martín a contar hasta veinte, incluso podían

quizás llegar hasta cien, al usar cada juguete que tenía su nuevo amigo para numerarlos y contar. Sobre todo con los autitos que abundaban en una gran caja. "Algunos me los han regalado mis hermanos mayores, eran de ellos pero ya no los usan". Juanito pensó que este niño poseía demasiada suerte, tenía piscina, más de cien juguetes y un gran patio para correr. Principalmente lo más importante era que tenía una cama para él solo. No simplemente una cama, sino también una gran habitación donde no tenía que escuchar los ronquidos de nadie ni sentir los olores de los demás. Pero pensó que al menos él sabía contar hasta veinte y quizás más, y Martín no. De todas formas, juntaron en una hilera y le enseñó los números que no sabía. Estuvieron así toda la tarde y lograron llegar hasta cincuenta, lo cual era bastante. Muy satisfechos se separaron al atardecer, y el niño le regaló uno de los autitos. Juanito volvió esa tarde muy contento a casa jugando con el nuevo carro rojo que le habían obsequiado. "Al menos ya tengo un nuevo amigo, que no es un perro", pensó el niño y se quedó dormido con este dulce pensamiento.

Pero las semanas siguientes Juanito no pudo volver a la casa de Martín. Su madre le explicó que debía ir a un colegio como los demás niños, incluso su nuevo amigo tenía que hacerlo. Juanito se enfadó. Las semanas pasaron grises y heladas. En el nuevo colegio no conocía a nadie, a su alrededor pasaban cientos de niños corriendo y gritando, los niños lo empujaban y las niñas le tiraban el pelo. La profesora era amable con él, pero de todas formas se sentía solo y muchas veces aburrido. En la clase le estaban enseñando a contar pero solo iban en los primeros números. Y por supuesto todos usaban zapatos, bototos o zapatillas y no podían seguir contando con los dedos de los pies. Y nadie tenía tantos juguetes en la escuela como Martín para poder llegar a cien. Además, seguía durmiendo

con su madre en una sola cama, en donde cenaban y todo quedaba sucio.

Juanito soñaba por las noches que volvía a su casa, en donde siempre había sol y calor; y sus amigos lo invitaban a jugar al parque y comían juntos patacones. Despertaba preocupado y pensaba que la vida era muy injusta con él. "Aquí nadie come patacones, hace frío todo el año, nadie se ríe, en los árboles no hay iguanas, y no tengo mi propia cama ni mi propia casa". Una mañana su madre lo miró y le preguntó que sucedía, pues tenía una cara muy mala. Juanito pensó que no lo iba a entender, porque nunca entendían sus complicadas preocupaciones. Pero su madre insistió y le contó que creía que estaban en el país del frío y que no había patacones, ni iguanas en los árboles, ni amigos en las calles.

Extrañamente su madre lo entendió. Y le explicó que este no era el país del frío, sino que era un país que tenía diferentes estaciones "verano, otoño, invierno y primavera. Ahora estamos terminando el invierno, ¿sabes cuál viene ahora?" "Primavera", murmuró Juanito, ¿hace frío en la primavera? Su madre le reveló que no hacía frío en esta estación: los árboles florecen, y luego les crecen las hojas. El sol sale y comienza a calentar nuestros cuerpos, y la ciudad hace una fiesta para celebrar la llegada del sol. Juanito no podía creer estas palabras. Pero en el camino al colegio, se dio cuenta que los árboles estaban florecidos y que el sol brillaba sobre sus cabezas, entonces sintió que por dentro el corazón se le ponía a bailar de alegría. ¡Quizás en la primavera hasta comían patacones!

Así, el clima fue cambiando poco a poco. Juanito se dio cuenta que la gente comenzaba a usar menos ropa y parecía incluso más alegre. Y su madre preocupada, lo llevó a una enorme feria donde había algunas personas de su país caluroso que cocinaban patacones en la calle y los vendían. También hacían muchos tipos de jugos de frutas, y los niños revoloteaban por ahí persiguiendo palomas y devorando algodón de azúcar. Juanito pensó que el país del frío no era tan malo, y decidió cambiarle el nombre: el país raro. Raro porque no tenía cama ni casa, raro porque tenía diferentes climas y estaciones, raro porque nadie se preocupaba de los perros y no había iguanas en los árboles. Y raro porque él se sentía siempre raro, lo miraban raro cuando hablaba y nadie comía lo que a él le gustaba que era patacones con pescado frito y arroz.

Pero su mamá le explicó que tendrían que quedarse un buen tiempo en este nuevo país raro, por lo que había que acostumbrarse. Un caballero muy gordo que dormía en la misma habitación que Juanito y su madre, le explicó que la palabra acostumbrarse tiene relación con aprender las costumbres de un lugar para conocer a las personas que viven ahí. -¿Qué son las costumbres?- preguntó Juanito que no estaba entendiendo mucho. -Las costumbres son esos modos o formas de comportarse que tiene un grupo de personas, por ejemplo la costumbre de aplaudir luego de una función- Oh de usar abrigos cuando hace frío- exclamó Juanito contento. Este hombre gordo que se llamaba Gabriel era muy sabio, y le explicó que en los países existen diferentes costumbres por esto Juanito no entendía mucho las formas de ser de las personas del nuevo país. Por ejemplo Gabriel solía hacer parrilladas en la calle e invitar a los amigos, escuchar música y charlar por las tardes. Pero en este nuevo país eso no lo suelen hacer los vecinos, los asados se hacen dentro de la casa y la calle se usa para caminar o para andar en auto, lo cual era muy

aburrido pensó Juanito. Quizás las plazas pueden ser usadas para divertirse. -Pero podrías enseñarles a los vecinos a hacer asado en la calle y a jugar naipes como lo hacías en tu país- replicó Juanito al enorme Gabriel, quien soltó una carcajada- "A donde fueres has lo que vieres", es difícil Juanito, un poco difícil.

El tiempo pasó más rápido aún, y Juanito comenzó a entender el nuevo país raro donde vivía, y de pronto ya no lo encontraba tan raro, quizás se estaba acostumbrando. Y una mañana se dio cuenta que ya no necesitaba el abrigo para ir al colegio, ni los guantes ni la bufanda. Ni siquiera tenía que ir al colegio porque todos estaban de vacaciones, y el sol pegaba fuerte sobre las cabezas, los niños se manguareaban en las plazas y comían helados a destajo. Juanito corrió a la plaza a capear el calor, y descubrió que ya nadie usaba zapatos cerrados, sino que unas chancletas que les decían "condoritos" o "hawaianas" o simplemente "chalias". Incluso había niños que no necesitaban usar zapatos y corrían descalzos por el asfalto hirviendo. Entonces Juanito recordó su viejo barrio en su antiguo país. Recordó a su grupo de amigos y las tantas veces que corrieron por los parques persiguiendo jguanas, escalando árboles, buscando agua para evitar el calor. Se dio cuenta que no quería olvidar a sus amigos, pero ellos estaban lejos y los niños de esta plaza estaban muy cerca. Se les unió para mojarse con la gran manguera verde de la plaza, y luego exclamó contento: ¡Ahora podemos contar hasta cien! Y esto era porque a todos se les veían los dedos de los pies y de las manos. Un niño con pelos parados y ojos oscuros se le acercó muy serio, y juntos comenzaron a contar con los dedos. Poco a poco se les unieron más niños y niñas y pasaron toda la tarde contando. Algunos trajeron sus juguetes para contar y cuando anocheció llegaron a 130. Fue una gran odisea lograr superar el número cien pero para todos valió la pena, porque volvieron con grandes sonrisas a sus hogares. Cuando

Juanito llegó a su casa, descubrió que su madre le había comprado una pequeña cama solo para él. Un calorcito tibio sintió que le subía por el corazón. Quizás había llegado el verano en este país tan raro donde al menos, había aprendido a contar más allá de cien.

AFICHE

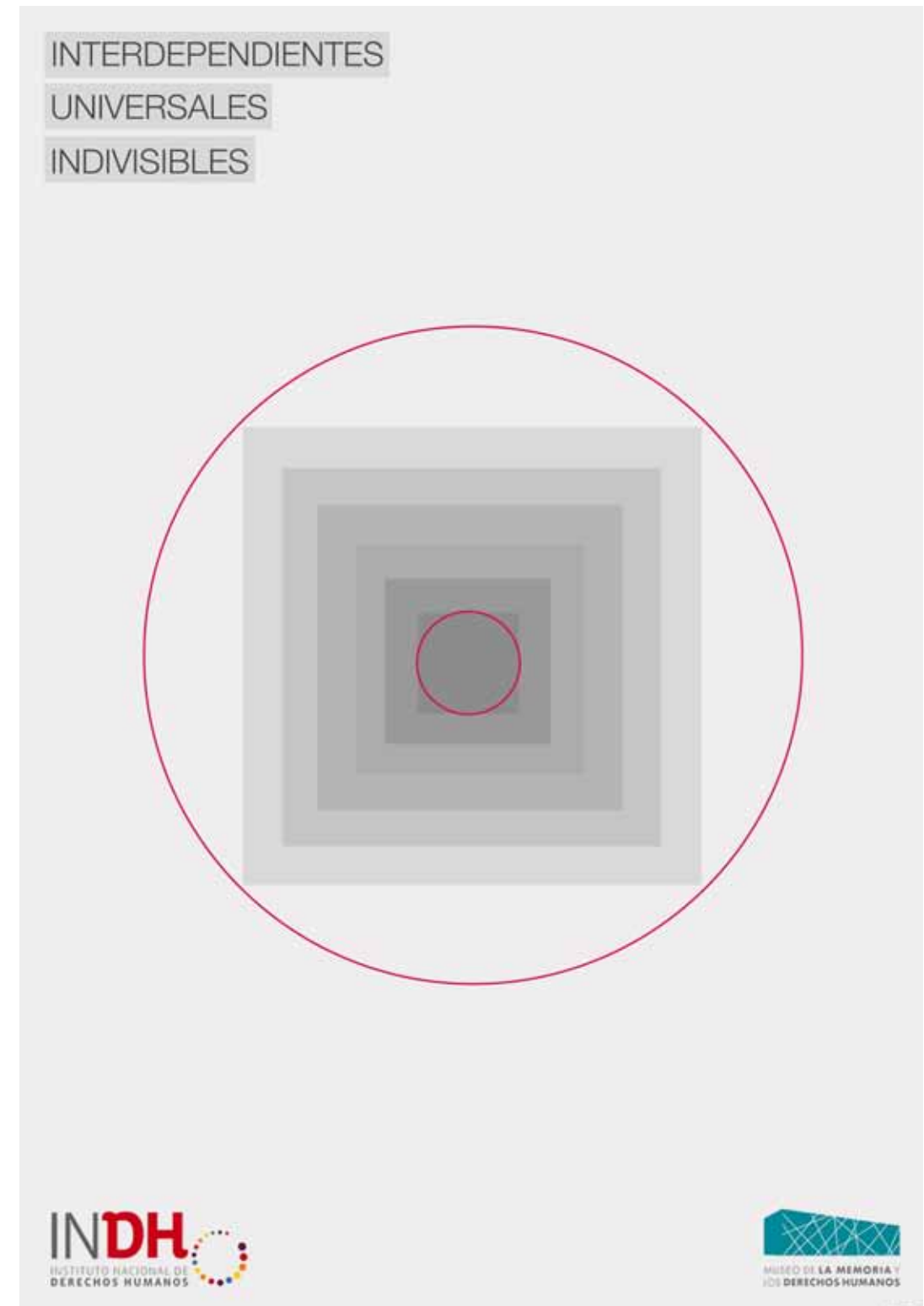
“Quise conceptualizar y entregar un producto visual que difundiera los derechos culturales y sociales del pueblo indígena. Este afiche demuestra mi compromiso como ciudadana chilena en este sentido, y constituye un aporte a la no discriminación étnica, potenciando el renacimiento de la cultura local. Busco que ésta se mantenga en la conciencia colectiva, y que nuestro país la integre a su proceso de desarrollo”.

Karin Escudero, Primer Lugar Categoría Afiche
“Compromiso nativo”



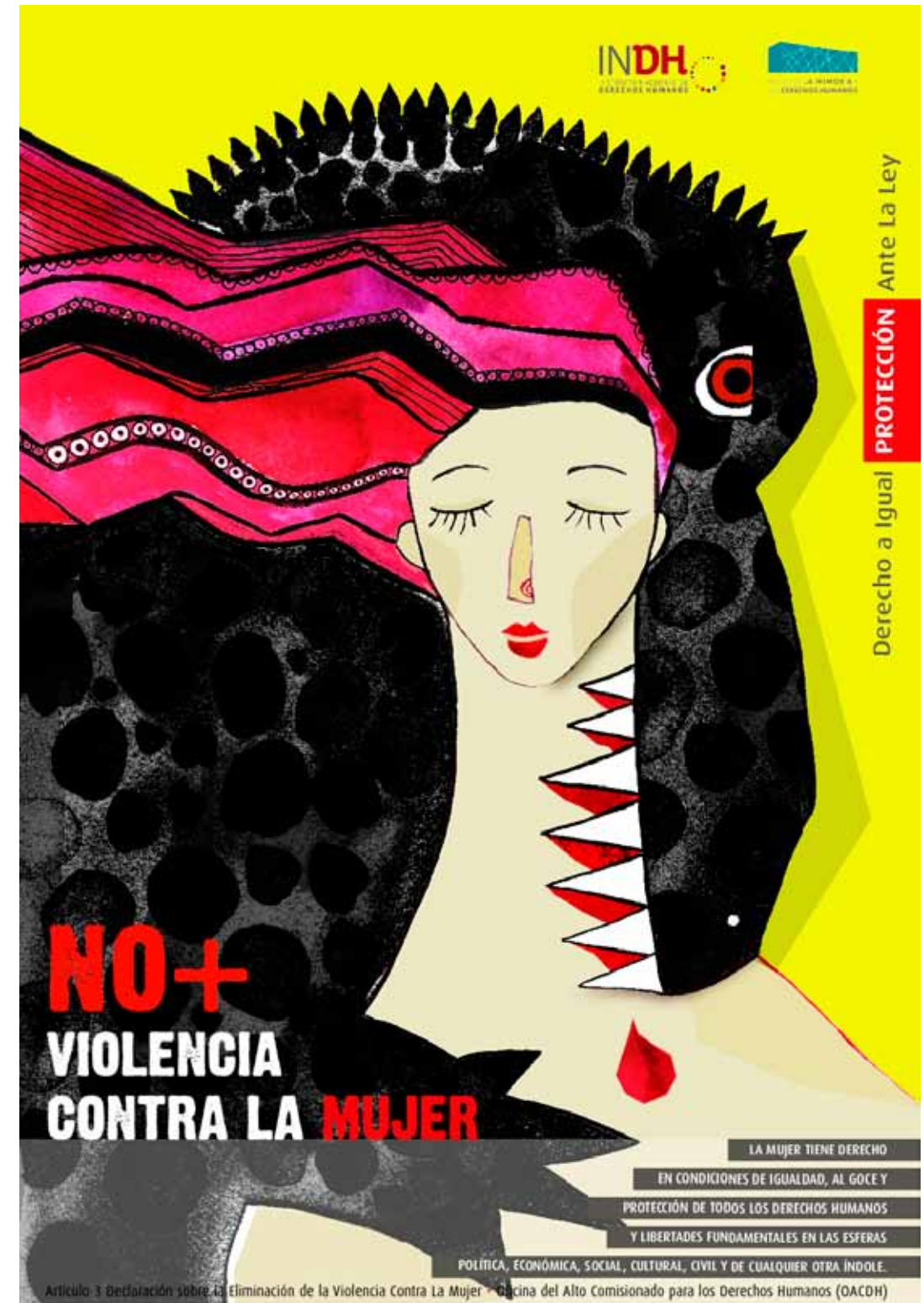
“Los derechos humanos son muchos y para cada persona uno es más relevante que otro. Mi visión es que debemos entenderlos como universales, sin sumarle ni restarle importancia a ninguno de ellos. Así tomé la decisión de representarlos en una sola forma: simple, integradora y racionalista, que no impone una interpretación al espectador, pero sí lo invita a ver una obra de estética llamativa que trata ser un aporte visual significativo”.

Federico Lira, Primera Mención Honrosa Categoría Afiche
“Interdependientes, universales e indivisibles”.



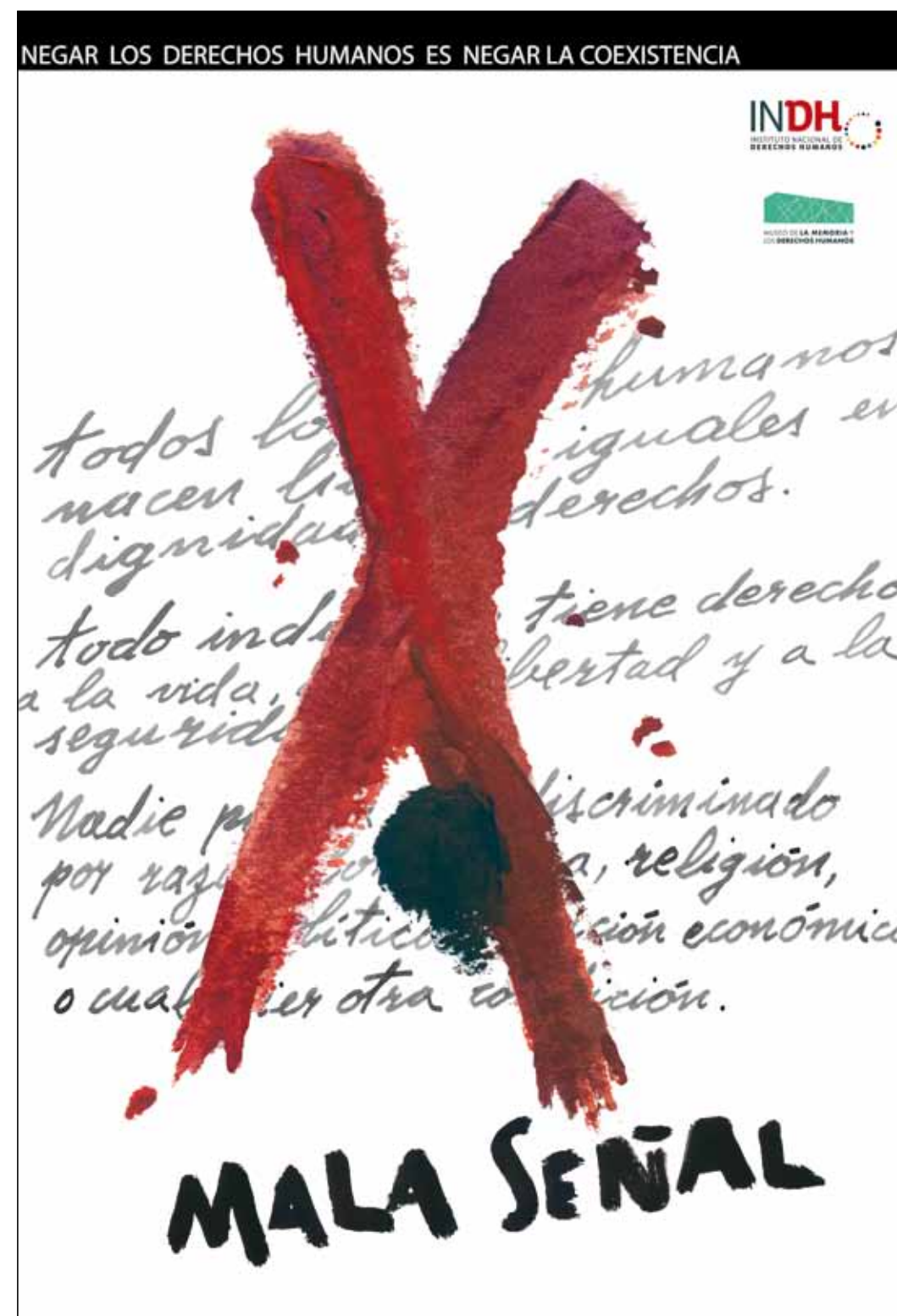
“El afiche pretende llamar la atención sobre la violencia contra la mujer, como fenómeno preocupante y aberrante, que tiene matices en las distintas culturas, pero que sin duda persiste en nuestra sociedad. Me pareció muy interesante la reflexión sobre la construcción sociocultural de lo femenino y masculino que este tema genera, y traté de plasmar de alguna manera este pensamiento en la imagen”.

Sofía Moreno, Segunda Mención Honrosa Categoría Afiche
“No más violencia contra la mujer”



“Mi trabajo fue motivado por haber vivido un golpe de Estado, y sufrir en mi entorno la violación a los derechos humanos. Por eso abordé su negación como una mala señal en cualquier parte”.

Domingo Baño, Tercera Mención Honrosa Categoría Afiche
“Mala señal”



FOTOGRAFÍA

“Fue durante un desalojo en la Facultad de Ingeniería de la Universidad Católica de Valparaíso. En ese momento vi salir a un par de jóvenes esposadas entre ellas y levantando ambos brazos. Para mí una expresión potente de convicción, lucha, amistad y lealtad entre dos amigas. Quise representar a quienes luchan día a día por una sociedad, causa y destino más justo y mejor para todos, en que ni el Estado y menos unas esposas, logran doblegar los ideales y la convicción”.

Rodrigo Garrido Fernández, Primer Lugar Categoría Fotografía
“Dignidad”



“Consideré necesario transmitir un pequeño fragmento de la memoria viva de la ciudad de Temuco. Una de las motivaciones para la presentación de la fotografía, es valorar acciones significativas para los familiares de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos con respecto a la reparación, y contribuir con ello, en el espacio de la memoria, tanto para los familiares como para la sociedad”.

Leslie Beach Olate, Primera Mención Honrosa Categoría Fotografía
“Titulación póstuma”



“Un fotógrafo siente siempre el deseo de compartir el tesoro que es atrapar la imagen de un instante significativo, más aún si inspira la idea de un mundo mejor. Quise transmitir la experiencia paradójica y tremenda que fue para una mujer, pasar de una vida natural a la experiencia de un proceso penal, la cárcel y, finalmente, la libertad, celebrada con un ritual propio de su cultura, pero a la vez rodeada de un grupo tan heterogéneo como el que allí se ve: su familia, sus hermanos de etnia, sus defensores, los representantes del Estado que la condenó y que después indultó, la prensa”.

Héctor Mérida, Segunda Mención Honrosa Categoría Fotografía
“Gabriela libre”



“La falta de políticas para trabajar en derechos humanos en este país y el mundo, se ha convertido en un punto de partida en mi trabajo como fotógrafa; hacer conocer realidades, rescatar la memoria y promover formas de vida que están invisibles en nuestra cotidianidad. Mi trabajo, “Sala de espera”, intenta mostrar la realidad de una mujer migrante, presentando a la espera, no sólo como la espera de un trabajo o lugar donde vivir, sino que la de una vida con dignidad y sin discriminación”.

Gabriela Herrera, Tercera Mención Honrosa Categoría Fotografía
“Sala de espera”



VIDEOCLIP



**QUE
VIVAN
LOS ESTUDIANTES**

“Varios de mis amigos son gay, y pensando en el concurso, me di cuenta que la igualdad o el derecho a la diversidad sexual es un tema difícil de alcanzar. Realicé el vídeo con la intención de reflejar que la orientación sexual es un tema irrelevante al tratar con las personas, pero durante el proceso descubrí que producto de la cultura, hasta ellos mismos no se sienten tranquilos. Lo que me motivó a mostrar que estamos todos en derecho de amar y expresar ese amor como nos plazca, y que la única barrera es la costumbre, así que mejor ir acostumbrándose si es que a alguien le incomoda”.

Cristián Wood, Primer Lugar Categoría Videoclip
“Analogía”

“Aprovechamos el espacio ofrecido por el INDH para revelar la impotencia del peso que, tanto padres como los mismos estudiantes llevan sobre los hombros con el negocio de la educación. Quisimos transmitir un mensaje ausente de violencia, de egoísmo y burla a la que ha sido expuesta nuestra juventud por luchar sobre algo tan básico como la educación. Agradecemos el espacio y el tiempo dedicado por un grupo de personas que trabajamos en este videoclip “Los estudiantes” con Legua York”.

Victoria Giacomani, Primera Mención Honrosa Categoría Videoclip
“Los estudiantes”



“De las raíces de la raza humana y su infinita diversidad, todo el tiempo están brotando nuevas formas de pensar y de entender la vida, pero en contraste, el miedo a lo nuevo y diferente que existe en todos nosotros, siempre está luchando por ignorarlas, condenarlas o aislarlas. El clip “Ser lo que somos” puede ser una de las miles de historias de lucha por no pensar y ser como lo dicta lo establecido, que busca en forma particular, retratar la complejidad interna del pensamiento y sentir divergente y contestatario”.

Jimmy Araya, Segunda Mención Honrosa Categoría Videoclip
“Ser lo que somos”

CONCURSO NACIONAL ARTE Y DERECHOS HUMANOS



INSTITUTO NACIONAL DE DERECHOS HUMANOS